

"El fin no puede justificar los medios, por la sencilla y clara razón de que los medios empleados determinan la naturaleza de los fines obtenidos" (ALDOUS HUXLEY)

"El 9 de julio de 1972 es un domingo de invierno característico en el Uruguay. Un día claro, con un sol luminoso pero débil. Suena el teléfono oficial en mi casa. Es el presidente que me pide vaya a su residencia, en la Avenida Suárez.

Cuando llego me entero de que se trata de una reunión. Estamos presentes cuatro ministros, por casualidad vestidos todos de pantalón gris y saco azul, y el presidente.

Eran días difíciles y no era extraño que el presidente convocara a una reunión así en una mañana de domingo.

La situación había tenido vuelcos insospechados en los dos últimos meses. El 18 de mayo, en la puerta de la casa del comandante en jefe, habían sido asesinados cuatro soldados que hacían guardia dentro de un jeep, 15 minutos antes de las 8, en que debían ser relevados, fueron ametrallados a quemarropa. La fotografía, patética, de los hombres envueltos en sus ponchos, con el mate en la mano que había pasado de uno al otro toda la noche, golpeó la conciencia del país desde las páginas de los diarios. Se transformaría en un símbolo, exhibido en todas las unidades militares.

Los 'tupas' golpean con desesperación y la lucha se hace sin cuartel. El 27 de mayo cae la 'cárcel del pueblo' Bajo el garaje de una casa cualquiera, en la calle Juan Paullier, a un kilómetro del centro, donde habitaba un matrimonio de clase media con cuatro hijitas, un túnel —escondido bajo la tapa de un ducto— llevaba a un cubil donde en jaulas de alambre aún estaban los Dres. Pereyra Reverbell y Carlos Frick Davie. El mito de la invulnerabilidad ha caído.

Crece paralelamente el prestigio de los jefes militares.

Crónica íntima del golpe uruguayo (III)

Se rompe la tregua iniciada a expensas de Bordaberry por militares y tupamaros

Para el autor de esta serie de notas —que ocupan altos cargos en el Uruguay y fuera protagonista de los hechos que narra—, el 14 de abril de 1972 marca el comienzo de la derrota de los tupamaros a manos de los militares. Estos, al instrumentar con singular éxito en Uruguay nuevas formas de enfrentar a la guerrilla urbana, se vieron paulatinamente envueltos en una actitud de acercamiento al poder.

Por entonces, se empieza a saber que las declaraciones de dos tupamaros, Amodio Pérez y Pérez Bude, han sido la línea que conduce a los últimos reductos. De Amodio se sabe que anda por la calle, uniformado, denunciando a sus viejos compañeros

Arrecian las denuncias sobre malos tratos y torturas, que los éxitos militares eclipsan.

El 22 de junio había sido interpelado el ministro Magnani, a raíz de la muerte del ciudadano Luis Batalla, en un cuartel de Treinta y Tres. Se adquiere la conciencia de que es víctima de la tortura; la Cámara reclama una investigación y el público señalamiento de los culpables.

El ministro ha tratado de explicar la situación en el contexto general de una 'guerra sucia'. Y, aunque no lo dice, se queda conforme con la moción votada, pues temía una drástica censura.

Se anuncia, en ese momento, una asamblea del Centro Militar para considerar el pronunciamiento de la Cámara.

El comandante en jefe intenta, tardíamente, detener la asamblea con una orden de servicio. Ya está rebasado y el 4 de julio, 559 oficiales por unanimidad resuelven repudiar todo público señalamiento de las penas a aplicar a cualquiera de sus integrantes cuando les corresponda ser sancionados. Asimismo, que cualquier procedimiento 'que tienda a menoscabar u objetar maliciosamente los procedimientos de los integrantes de las Fuerzas Armadas en la lucha contra la subversión o, lo que es lo mismo, traición a la patria, constituye una complicidad embozada con los enemigos del régimen republicano democrático que la ciudadanía ha elegido.

El ejército se ha autonomizado. Nadie tiene va derecho a señalar a oficiales responsables.

Aquel domingo, entonces,

Esta serie de notas, originalmente escrita para **La Opinión**, están siendo distribuidas en el exterior bajo un acuerdo de derechos con la Agencia Latin y se publican simultáneamente con **Excelsior** de México y con **El Nacional** de Caracas.

La publicación de las mismas en **O Estado de Sao Paulo** fue impedida por la censura del gobierno brasileño.

Escribe Julio María Sanguinetti

ces, había suficientes motivos para conversar. El presidente nos refiere que ha sido visto por dos jefes militares, que le informaron que los tupamaros presos estaban dispuestos a reclamar a sus compañeros en la clandestinidad que abandonaran las armas. El intermediario era Mauricio Rossencof, un autor teatral de bastante éxito, preso en el 6º de Caballería y que había tenido largas sesiones con los principales jefes, especialmente los generales Cristi y Alvarez. La contrapartida de la paz era la publicidad de un documento, que en televisión leerían los propios sediciosos llamando a sus compañeros a rendirse

ante las Fuerzas Armadas, que se hacían garantes del cumplimiento de un programa de realizaciones

Los presentes dijimos por unanimidad que el planteo era inaceptable para el gobierno y que, si se daba ese paso, hábilmente inducido por un ingenioso hombre de letras, quedaba prisionero de la fuerza militar. El presidente compartió el criterio, pero daba la sensación de que hubiera deseado le dijéramos lo contrario. De la charla surgió, incluso, que los militares lo habían llamado pasada la medianoche y lo habían sacado de la cama para hacerle el planteo. Aceptó que ese no podía ser método

de relación normal y que no era posible aceptar la comunicación directa de los generales, saltando al comandante en jefe, que si no le servía, más le valía sustituirlo antes que desmerecerlo.

El presidente se resolvió entonces a rechazar la propuesta y seguir la guerra hasta el final. A la vez, quería terminar —ya tardíamente— con los planteos políticos, que se habían hecho normales.

Pasó el domingo y pasó el lunes y ningún cambio ocurrió. El presidente había llamado al general Cristi para consultar, planteándole la posibilidad de nombrar al general Martínez como comandante en jefe y llevar en su lugar, a la dirección de la Escuela Militar, al general Alvarez. 'Si me saca a Alvarez

me deja con las 'ruedas para arriba', le contestó Cristi, que en cambio le insistió en que quien debía ser sustituido era el ministro Magnani. Así ocurrió pocas horas después, siendo suplantado por el doctor Augusto Legnani.

El 25 de julio por la mañana, es asesinado el coronel Artigas Alvarez, quien cae bajo dos ráfagas de ametralladora disparadas casi a quemarropa en la puerta de su casa, ante la mirada de su mujer y su hija. El muerto era hermano del general Alvarez y de otros dos coroneles, hijos todos ellos, a su vez, de un viejo general, ya muerto.

La tregua había quedado enterrada. El mismo día moría el doctor Carlos Alvariza, un médico detenido en un recinto policial, al caer al vacío desde el borde de una escalera...

El senador Michelini denuncia que ha existido la tregua y que entre el 30 de junio y el 23 de julio se ha estado conversando. Un comunicado oficial negará rotundamente lo dicho, pero tras la bambalina la historia existió y una vez más el presidente no pudo manejar una situación que le era cada vez más insalvable. El poder ya estaba detrás del trono.

Próxima nota: "El segundo frente".

Copyright La Opinión 1973